

Martha Acosta Alvarez La periferia

fra

Golpes en la puerta	9
Los ojos de la ciudad	21
Falsos genitales	37
Cuaderno de apuntes	51
Ciberhappening	53
Cuaderno de apuntes	65
Píldoras de colores brillantes	67
La buena nueva	75
Las diez noticias más interesantes de la semana según Vanidades	81
El robo perfecto	87
Fiebre de sábado por la noche	95
Bitcoins	105
Código Varmint (Legar el caos, eso sí es legar)	115
Artículo hallado en Internet al escribir la palabra Varmint	125
Porcelana fina	129
Un esfuerzo definitivo	139
Bomba lógica	147
Fragmento del código Varmint	163
Cámara lenta	165
Cuaderno de apuntes	183
El principio del fin	185
Cuaderno de apuntes	195
Últimas voluntades	197
Escombros	207
El borde del borde	215
El vertedero	223
La tierra prometida	231
Cronología del colapso	241
Arte contemporáneo	249

Martha Acosta Alvarez
La periferia

Portada Juan-Sí González,
American Playground #55, 2008
Publicado por Fra, Šafaříkova 15,
12000 Praha 2, República Checa,
fra@fra.cz, www.fra.cz,
en 2018, como su publicación Nro. 116
en la imprenta Tiskárna VS, Praha
Primera edición

© Éditions Fra, 2018
Text © Martha Acosta Alvarez, 2018
Author photo © Martha Acosta Alvarez, 2018
Cover photo © Juan-Sí González, 2008
ISBN 978-80-7521-057-9

Una voz, dos voces, tres.
Llaman a la puerta.
Estas no son horas para llamar a la puerta.
La luz encendida me delata.
Sabemos que hay gente, dicen los hombres-insecto.
Pero no son horas de abrir, mucho menos a los hombres-insecto.
Me siento tentada a hablarles.
Me da miedo hablarles.
Golpes en la puerta de mi apartamento.
Sería una locura abrir.

En este barrio han pasado cosas terribles.
Cuchillos abriendo en dos la noche.
Disparos y muertos que no menciona el telediario.
Un barrio tranquilo, dice el telediario.
Los niños vestidos de marineros con pelotas de colores.
Muchachas en chándal ejercitando el cuerpo.
Ancianos crepusculares sacan a pasear los perros.
Y los perros cuidan de los ancianos.
Una cadena de acontecimientos felices.
Dice el telediario.
Nunca una muchacha sola en la noche, no tan sola en la noche.

Una, dos, tres voces de hombres al otro lado de la puerta.
Golpes en la puerta que delimita el perímetro seguro.
Siento mis manos frías, mis piernas frías y esta especie de calor que me hierbe en el cuerpo.
Abre, dicen.
Son hombres-insecto.
Los reconozco por la voz.
No me hagas enojar, dicen.
Han visto mi silueta a contraluz por el cristal de la ventana.
Escribiendo mis libros cerca del cristal de la ventana, en la computadora portátil que compré con el dinero de mis primeros cuentos.
La única computadora que he tenido en la vida.
En este barrio pueden quitarle la vida a cualquiera por una computadora.
Por menos que eso han abierto en dos la noche.
Desde el ombligo de la noche.
En dos mitades la noche.
La sangre de la noche manchando la calle tres días seguidos.
Hasta que el cielo se apiadó de nosotros y nos trajo lluvia.
La sangre se fue a otra parte.
Y el telediario no dijo una palabra.
Somos un barrio de muchachas atléticas y niños marineros.
Hermosos a la luz del crepúsculo.
Hermosos ante la mirada cansada de los ancianos y los perros embozalados.

La puerta se estremece con los golpes.
Es buena cerradura.
La cerradura me salva.
El cuarto también tiene cerradura.
Mi marido y yo compartimos piso con una prostituta.
Con ellas nunca se sabe.
La prostituta no está.
Por las noches nunca está.
No se trae el trabajo a la casa.
Eso dijo cuando la acepté.
Yo no cago donde como, dijo.
No me gustó la expresión.
Otras cosas tampoco me gustan.
No me gusta la carne con grasa.
El helado de limón.
El quimbombó en cualquiera de sus variantes.
La calabaza hervida.
El jugo de tamarindo.
La música de los vecinos.
El humo del cigarrillo ajeno.
No me gusta ser convocada.
Ni los shows humorísticos.
Pagar dinero para reírle la gracia a otros que se creen simpáticos.
No me gusta el barrio en el que vivo, pero mi sueldo no permite más.
No me gusta mi trabajo.
Mi oficina.
Su gente.
Mi jefe.
Yo solo quiero escribir.
Vaya deseo.

Cuándo se ha visto que en este país alguien pueda vivir de la literatura.
Estoy condenada a no pasar a la historia de la literatura.
Llego a este apartamento casi de noche.
Con los ojos cansados.
Con el cerebro cansado.
Con hambre.
Con sueño.
Con sed.
Con ganas de ver a mi marido.
Con la imperiosa necesidad de un baño caliente.
Escribir se va quedando para más tarde, para esos fines de semana en que está toda la ropa sucia y debo llevarla a la lavandería, lavarla yo misma para que nadie se robe mis ropas.
No sería la primera vez.
Luego nadie ha visto nada.
Nadie ha escuchado nada.
Nadie ha dicho nada.
Somos un barrio de simios míticos.
Monos sabios.
A la gente le encanta vernos en el telediario.
Los monitos vestidos de marineros.
Las monas en chándal ejercitando el cuerpo.
Los ancianos monos crepusculares paseando a sus perros embozalados.
Como si en este barrio existieran los bozales.
Como si las bocas de los perros de este barrio cupieran en los bozales.
Este es un barrio de perros gigantes.

Esta es la periferia.
El borde del borde de la ciudad iluminada.
Lindas luces de la ciudad.
La ciudad de la luz.
Somos moscas atraídas por la ciudad de la luz.
La gente se amontona al centro de la ciudad de la luz.
La gente como una gran colmena, se amontona en círculos.
Todos quieren el centro.
Pero esto es la periferia.
El borde del borde de la colmena que se forma desde el centro de la ciudad de la luz.

En este barrio todos estamos cansados de vivir al borde de cada borde.
Yo estoy cansada.
Puede que los hombres que golpean la puerta también estén cansados.
Puede que mi portátil sea un método de escape.
Puede que matarme valga la pena.
Abrirme desde el ombligo.
Partirme en dos mitades.
Dejarme en medio de la calle.
Con la vana ilusión de que los telediarios luminosos aclaren estas calles ennegrecidas.

Tengo miedo.
Mi marido tiene miedo.
Estoy paralizada.
Él no.
Quiere abrir la puerta.
Yo no quiero que abra.

Los hombres golpean la puerta.
Los hombres no se cansan.
Mi marido es más hombre que todos los hom-
bres que se esconden detrás de una puerta.
Pero no quiero que abra.
Los héroes que los ponga otro.
Esta es la periferia.
Aquí la gente es peligrosa.
Puede que traigan navajas.
Cuchillos.
Machetes.
Un sin número de metales filosos mientras dan
patadas a la puerta de la sala.
Llaman sin que nadie responda.
Se escuchan amenazas más allá de la puerta.
Luego los pasos descienden las escaleras.
Vamos a tirar piedras a los cristales, dicen.
Yo apago las luces de la sala, las mismas luces
que han atraído a estos hombres-insecto.
Zumban junto a la ventana.
Escucho las piedras que revolotean cerca de los
cristales.
Llegan con poca fuerza debido a la altura.
Vivir en un piso alto tiene grandes ventajas, aun-
que a veces el agua no suba.
Carecer de balcones también tiene sus ventajas,
aunque a veces el calor se siente en la sala sin
que nadie lo invite.
Tener una cerradura en la puerta del cuarto
tiene ventajas también.

Los hombres-insecto vuelven a mi puerta.
Golpean hasta que se cansan.

Tengo ganas de preguntarles quiénes son.
Qué quieren.
Porqué llaman así.
Alguien que llama de ese modo no quiere nada
bueno.
Extraños estos hombres-insecto que no entran
sutiles a las casas, como suelen hacer los de su
clase.
Estos llaman a la puerta.
Pareciera otra especie.
Aterra pensar en otra especie.
Ya bastantes especies hay en este barrio de las
afueras.

Cierro los ojos para no pensar.
Mi marido dice que nadie puede romper la ce-
rradura de la puerta a la calle.
Yo imagino un disparo en el ojo de la cerradura.
Un disparo podría romper cualquier cosa, inclu-
so la noche.
No sería la primera vez que escuchamos un dis-
paro en este barrio de las afueras.

A veces me pregunto qué vine a hacer a este
borde del borde de la ciudad de la luz.
La vida era más simple cuando no conocía la
luz, como esos insectos de campo.
Las chinches de monte.
Las cigarras.
Las cochinillas que viven debajo de las rocas.
Es cierto que una vez fui todos los animales del
monte.
Todos los desconocedores de la luz.

Me gustaba ser una chinche de monte y despedir olor a yerba cuando me aplastaban.
Me gustaba ser una cigarra de alas iridiscentes y voz chillona.
Me gustaba ser una cochinilla de mil piernas bajo las rocas húmedas.
Tener un piso de tierra en el que hacer túneles que no conducían a ninguna parte.
Una se creía que le gustaba ser un insecto de campo.
Un mamífero de campo.
Perro jíbaro.
Pelaje corto.
Boca desconocedora de bozales.

Yo no conocía otra cosa que la oscuridad.
Hasta que llegó la ciudad de la luz y rompió el equilibrio.
Recuerdo que el mundo se movió bajo las piernas de la ciudad.
Recuerdo mis pasos nerviosos.
Mil piernas agitándose hacia la ciudad de la luz.
Hay cosas que no tienen vuelta atrás, como los sueños inconclusos.
La vida no era lo que se entendía como tal.
Una se pregunta cómo podía vivir así.
Detenida en medio de la nada.
Debajo de cada roca.
El mundo era una roca llena de túneles que no conducían a ninguna parte.

No quiero volver a ser una chinche de monte.
Una cigarra de monte.

La cochinilla de monte.
Ya no me gustan los insectos.
He pasado noches enteras vomitando los insectos que he sido.
A menudo se tupe el tragante del apartamento con los insectos que he sido.
Cuando hay agua en la tubería no importa demasiado.
Otras veces mi marido tiene que bajar al primer piso.
Llena de agua dos cubos plásticos.
Sube por las escaleras, dejando tras de sí un rastro líquido.
Mi marido siempre deja un rastro por donde pasa.
Quizás los hombres que golpean la puerta han seguido el camino del agua.

Desde la oscuridad del cuarto escuchamos las voces.
Se ve que no tienen una pistola.
Puede que traigan.
Navajas.
Cuchillos.
Machetes.
Cualquier clase de metales.
Pero un arma de fuego no.
Ya habrían disparado al ojo de la cerradura.

No tengas miedo, dice mi marido mientras registra las gavetas del cuarto dejando un rastro inconfundible.
La has visto, pregunta.

No la he visto, respondo.
Mi marido sigue buscando hasta que encuentra.
No tengas miedo, me dice.

Mi marido pone la bayoneta en la mesita de
noche.
En ese lugar han estado cajas de condones.
Pomos de cremas.
Libros a medio leer.
Un cepillo de pelo.
Una fotografía enmarcada.
Ahora hay una bayoneta.
Abran la puerta, gritan los hombres-insecto.
Pero no abrimos.
Solo un tiro puede penetrar esta casa.
Un tiro en el ojo de la cerradura.
Solo una puerta ciega dejaría pasar a estos ex-
traños.

Abran la puerta, dicen con la voz cansada.
Los extraños no son cigarras.
No saben cantar roncós toda la noche sin que
les duela.
Estos son insectos de ciudad.
El día en que los aplasten olerán a fosa.
A orine seco.
A sangre quemada.

Los extraños se van.
Desde la oscuridad del cuarto los escucho bajar
las escaleras.
Miles de piernas corren hacia el borde del bor-
de.

Tengo las manos frías.
Los pies fríos.
Y algo como un fuego saliéndome de la cara.
Mi marido trae un vaso con agua para apagar el
fuego.
Cálmate, me dice.
Miro el rastro líquido en el suelo.
La bayoneta se ha quedado dormida en la me-
sita de noche.

Afuera todavía se escuchan ruidos.
Pero mañana la gente dirá que:
No vio nada.
No escuchó nada.
No dijo nada.
No sería la primera vez.
Estos son los suburbios de la ciudad de la luz.
El borde del borde.
La periferia.